

**IGNACIO RODRIGUEZ GALVAN.**

EL ANCIANO Y EL MANCEBO.

ROMANCE PRIMERO.

Era una mañana hermosa,  
 Una mañana de Abril:  
 Estaba sereno el cielo,  
 El sol subía al zenit,  
 Tendida la cabellera  
 De plata y oro y carmín,  
 Bajo pórtico esplendente  
 De rosicler y rubí.  
 Paseaba pensativo  
 En el prado de Madrid  
 Un viejo de rostro noble  
 Y de cuerpo varonil.  
 Era espaciosa su frente,  
 Era erguida su cerviz,  
 Y su bigote entrecano  
 Aire le daba gentil.  
 Dejaba en sus grandes ojos  
 Y en su rostro descubrir  
 La dulzura de un amante,  
 La altivez de un paladín.  
 Su izquierda estropeada mano  
 Reposaba con viril

1. Poeta dramático, nacido en Tizayuca el 12 de Marzo de 1816; muerto en la Habana el 25 de Julio de 1842.

Apostura en una espada  
 Algo manchada de orín.  
 Pobre era su ferreruelo,  
 Pobre su valona; en fin,  
 Todo el vestido mostraba  
 Que su dueño era infeliz.  
 Hondos suspiros del pecho  
 Parecía despedir,  
 Cual si en él duros pesares  
 Trabaran horrenda lid.  
 Bajaba al suelo los ojos,  
 Como si buscara allí  
 El sepulcro de su cuerpo  
 Halle reposo feliz.  
 Un mozo vivo y alegre  
 Hacia él mira venir  
 Andando á paso ligero  
 Con arrogancia gentil.  
 Cabello negro y rizado,  
 Mórvida faz de marfil;  
 Sombreaba naciente bozo  
 Los sus labios de carmín,  
 Do con gracia peregrina  
 Jugaba risa infantil,  
 Como quien de hórridas penas  
 Aun no se ha sentido herir.  
 Áiroso ostentaba el joven  
 Jubón de rico matiz,  
 Sombrero con blancas plumas,  
 Y ropilla carmesí.  
 Paróse á mirar al viejo,  
 Paróse el viejo infeliz,  
 Desarrugóse su frente,  
 Y aun pretendió sonreír.  
 No se hablaron con los labios,  
 Pero con las almas sí,

Cual se saludan dos ángeles  
En el celestial pensil.

Hay consonancia en las almas,  
Y yo de mí sé decir,  
Que amo ú aborrezco á un hombre  
Tan luego como le ví.

Mujeres hay tan hermosas  
Como la aurora de Abril,  
A quienes ni amo, ni puedo  
Mi repugnancia encubrir.

Que con el són de la flauta  
Mal se pudieran unir  
El relincho del trotero  
Y las voces del clarín.

ROMANCE SEGUNDO.

Con afición se miraron  
Cual si dos amigos fueran,  
Y al fin el anciano al mozo  
Saludó desta manera:

—Guárdeos Dios, el mozo tierno,  
El de cabellera negra.

—Guárdeos Dios, el noble anciano,  
El joven le respondiera.

—Noble soy, replica el viejo,  
Si no por rica ascendencia,  
Por mi corazón, que nunca  
Se manchó con vil afrenta.

—Os llamé por eso noble,  
Que es la más clara nobleza,  
Pues hay duques y aun monarcas  
Que tienen alma plebeya.

Muchas más veces se abriga  
Corazón de heroicas prendas

Bajo de un jubón de lana  
Que bajo púrpura y sedas.

Mas de vuesarced el traje,  
Si no me engaño, demuestra,  
Junto con su izquierda mano,  
Que ha visto el ceño á la guerra.

—Soldado soy, y he seguido  
Las victoriosas banderas  
Del Señor Don Juan de Austria,  
Que Dios en su reino tenga.

Mil veces hirió mi cuerpo  
La cimitarra agarena;  
Y en las aguas de Lepanto  
Corrió sangre de mis venas.

Argel me miró en sus baños  
Arrastrar duras cadenas,  
Y oyó sonar mis gemidos  
En sus mazmorras horrendas.

Cautivo como me hallaba,  
Quise domar la soberbia  
Del turco y en Argel mismo  
Alzar la española enseña.

Mas de infieles renegados  
Me vendió la infame lengua,  
Y cuatro veces el moro  
Quiso cortar mi cabeza.

Candor fué..... no, necedad.....  
Fué mi confianza necia.....

¿Cómo pensaba hallar fe  
En quien de Cristo reniega?

Conseguí ser rescatado  
A pesar de mi pobreza,  
Que mi madre y Fray Juan Gil  
Hicieron más que pudieran.

Volví á mi país..... ¡Oh España!  
Cuando pisé tus arenas

Tú viste correr mi llanto  
Y estampar mi labio en ellas.  
Dejé la sangrienta espada,  
No la vida aventurera,  
Que á vagar hambriento y triste  
Me arrastraba la miseria.

Tomé en mis dedos la pluma  
(Fué el consuelo de mis penas).  
Mis obras han recorrido  
Las naciones extranjeras.

Veisme aquí, mozo gallardo,  
Ya con la planta en la huesa,  
Alimentando mi mente  
Con tristes memorias muertas.

El anciano, así diciendo,  
Ciñe al joven con la diestra,  
Y una lágrima del mozo  
Siente que su mano quema.

Éste exclamó suspirando:  
Y España á tanta proeza,  
A tanta virtud heroica  
¿No supo dar recompensa?

Al saludar las sus torres,  
Al pisar sus ricas tierras,  
¿Qué os dió España, noble anciano?  
¿Qué os dió? decidme —Cadenas.

Escandecióse el mancebo,  
Su faz demudóse bella,  
Temblaron sus labios rojos,  
Enarcó sus negras cejas.

—¡Oh suerte, clamó iracundo,  
Oh suerte, suerte funesta,  
Que á los malvados ensalzas  
Y al virtuoso desdeñas!

Al perverso las naciones  
En silla dorada sientan,

Y al justo varón olvidan,  
Y allá en el cieno le dejan.

El anciano replicóle:

—Mas del justo un nombre queda,  
Que escarnio será de ingratos,  
De almas generosas muestra.

Vuestras palabras, mancebo,  
Hasta el corazón me llegan;  
Si á bien lo tenéis, decidme  
Vuestros placeres ó penas.

Recuerdos de lo pasado  
Mi corazón alimentan;  
Generosas esperanzas  
Quizá vuestro pecho alberga.

Seréis ornato de España,  
Si mi pensamiento acierta:  
Saludarán vuestro nombre  
Las edades venideras.

El Dios que lo puede todo  
Verdad ponga en vuestra lengua.  
—Escuchad, el buen anciano,  
La historia de mis ideas.

ROMANCE TERCERO.

Cuando á pensar comenzaba,  
A mi mente apareció  
Una idea que el reposo  
Quitaba á mi corazón.

De gloria fué, fué de gloria  
El pensamiento roedor  
Que me agitaba de noche,  
Me seguía con el sol.

Y tal se me figuraba  
Que me decía una voz:

Eterno será tu nombre,  
Serás de tu patria honor.

El sueño no me adormía,  
Y mi opreso corazón  
Un alimento buscaba,  
Y este alimento era amor.

Infeliz del que en su pecho  
No abriga ardiente pasión:  
Es su vida luz de luna,  
Que alumbra y no da calor.

Si alguien no alberga en su seno  
Amor puro y religión,  
O es un desdichado idiota,  
O es un malvado feroz.

Al débil tiendo la mano  
Sin hacer indagación  
De si es turco, ó si es judío,  
De si es idólatra ó no.

Y solamente el menguado  
Enciende mi indignación,  
Que de Cristo con la túnica  
Su alma disfrazaba traidor.

Hijo soy de Jesucristo,  
El Evangelio es mi sol;  
Y adoro una joven bella  
Como hechura de mi Dios.

Ilustro mi obscura mente  
Con Lope y con Calderón:  
El Fénix de los ingenios,  
Y el Ángel de luz y amor.

Es mi delicia el teatro,  
¿Mi delicia he dicho yo?  
Edén de flores cubierto,  
Coronado de arbol.

Una fuerza irresistible  
A él me arrastra veloz:

En él quiero una corona  
Que dé á mis sienas frescor.

Y vengan penas y duelos,  
Aquí está mi corazón.  
¿Qué puede temer quien tiene  
Religión, poesía, amor?

Bien sé que al poeta sigue  
Estrella de maldición,  
Y que en su alma vierte el mundo  
La ponzoña del dolor.

¿Qué importa, si sube al cielo,  
Si ve la faz á su Dios,  
Si alumbra su yerta losa  
Lámpara de bendición?

Mas un libro prodigioso  
Mi corazón halagó:  
Deslumbró mi fantasía  
Con su vivo resplandor.

Libro del cielo inspirado,  
Unico libro que halló  
Lugar después de Isaías,  
Los Evangelios y Job.

Es consuelo de mis penas,  
Astro de mi corazón;  
Conmigo siempre le llevo  
Cual serafín velador.

Si alguna cosa en el mundo,  
Ardiente mi alma anheló,  
Fué el escribir otro igual  
O ser su divino autor.

—¿Cuál es su nombre, mancebo?  
El soldado preguntó.

—Vedle aquí, replica el joven,  
Ved el libro encantador.

Diciendo así, de su pecho  
Un sucio libro sacó,

En pergamino aforrado  
 Y de pésima impresión.  
 Tomólo temblando el viejo,  
 Y la portada leyó,  
 Y gritó en voz balbuciente:  
 —Es el Quijote. ¡Gran Dios!.....  
 Cayó el libro de sus manos,  
 Llanto por su faz rodó,  
 Iluminóse su frente  
 De gloria con el claror.  
 Alzó los ojos á lo alto,  
 Luego al suelo los bajó,  
 Y entre sollozos de fuego  
 Decía: "Gracias, Señor."  
 Con pena y con extrañeza  
 El mancebo le miró,  
 Y en su mente revolvía  
 La causa de su emoción;  
 Cuando el soldado infelice  
 En sus brazos le estrechó;  
 Y sentía que en su pecho  
 Le saltaba el corazón.  
 —No adivino, buen anciano,  
 La causa de esa pasión.  
 Decid siquier vuestro nombre,  
 También os diré quién soy.  
 —¿Cómo os llamáis? sin soltarle  
 El anciano preguntó.  
 —Me llamo Agustín Moreto.  
 —Miguel de Cervantes yo.

**MIGUEL JERONIMO MARTINEZ.**<sup>1</sup>

I

JESUCRISTO.

*Inspice et fac secundum exemplar,  
 quod tibi in monte monstratum est.*

Era bello y gentil como entreabierto  
 El blanco lirio de fragante aroma,  
 Y manso como tímida paloma  
 Que gime solitaria en el desierto.

Hora de sangre y de sudor cubierto  
 Cual vil esclavo de la altiva Roma,  
 Sobre las rocas de ese monte asoma  
 De amor rendido y por nosotros muerto.

Venid, ungidos; férvidos los pechos  
 Y humilde el corazón, subid al punto  
 A la sangrienta cumbre del Calvario;

Y contemplad en lágrimas deshechos  
 El divino ejemplar cuyo trasunto  
 Deben ser los ministros del santuario.

1. Canónigo de la Catedral de Puebla. Poeta místico y orador sagrado. Nació en Huejotzingo, de la Provincia de Puebla, en 1817. Falleció en Puebla el 5 de Agosto de 1870.

## II

## LA PODA.

*Tempus putationis advenit.*

Podando estoy mi solitario huerto  
 Hora que, del invierno á los rigores  
 Marchitos aun los árboles mayores,  
 Tórnase el campo un árido desierto.

Cuando de galas y esplendor cubierto  
 El Abril pase derramando flores,  
 Del sol á los vivíficos ardores  
 Mis árboles darán su fruto cierto.

Si otra poda interior hacer pudiera  
 Allá en mi corazón y el alma mía,  
 ¡Con qué dulce placer, con cuánto anhelo

En el místico huerto recogiera  
 Flores de amor filial para María,  
 Frutos de vida eterna para el cielo!

JOSE SEBASTIAN SEGURA.<sup>1</sup>

## EL BAUTISTA.

Danza la hermosa Salomé en los días  
 Del monarca que en ella se recrea,  
 Y su túnica azul cruje y ondea  
 Del festín en las locas alegrías.

—¿Quieres, él dice, las riquezas mías?  
 Tuyas serán ¡oh encanto de Judea!  
 La cabeza de Juan pide la hebrea  
 A instancias de la impúdica Herodías.

Con sacrílega planta huella osada  
 La madre vil, adúltera altanera,  
 La sangre del Profeta derramada.

Del Jordán se estremece la ribera  
 Viendo aquella cabeza venerada  
*Ser precio de los pies de una ramera.*

1. Ingeniero de minas; correspondiente de la Real Academia Española. Abrazó en sus últimos días el estado eclesiástico. Nació en Córdoba en 1817; falleció en México en 1889.

IGNACIO RAMIREZ.<sup>1</sup>

POR LOS DESGRACIADOS.

Tercer Banqueté Fraternal de la Sociedad Gregoriana.—1868.

Indigno es de sufrir el navegante  
Que tiembla cuando ruge la tormenta  
Y se esconde del rayo resonante:

Indigno es de la lid quien se amedrenta  
Cuando en el campo se desata el fuego  
Que de los más audaces se alimenta.

Mi madre es la desgracia; pero niego  
Mi parentesco con aquel cobarde  
Que agota, si padece, lloro y ruego.

Tenemos de morir temprano ó tarde;  
Y entretanto es placer, es una gloria,  
De una alma desdeñosa hacer alarde.

Por eso el pueblo es digno de la historia.  
Yo lo he visto sangriento y derrotado  
Entregarse al festín de la victoria.

En vano el invasor lo ha encadenado;  
La muerte en vano por su frente gira;  
No descubre un caudillo ni un soldado:

1. Nació en San Miguel el Grande (Guanajuato) el 23 de Junio de 1818.  
Falleció en México el 15 de Junio de 1879.

En obscura prisión tal vez se mira;  
Se extingue de la tumba en el ambiente;  
Y allí lo alumbran su esperanza y su ira.

¿Quién ha postrado su soberbia frente?  
¿Ni quién resiste su mirada fiera?  
El contrario estandarte, omnipotente

Allá en la Europa, para allá volviera;  
Y desde el Golfo contempló en el cielo  
Manto del sol, brillar nuestra bandera.

¿Y seremos nosotros el modelo  
De los humanos débiles? Un día  
Nos dispersamos con incierto vuelo

Tras los caprichos de la suerte impía  
Desde aqueste edificio venerable  
Que de nido amoroso nos servía.

Éste se abrió un camino con el sable;  
Aquél halló en la musa eterna fama;  
Otro se envuelve en manto miserable,

Y pide al hospital la última cama;  
Alguno el oro busca por los mares;  
Otro su herencia en el festín derrama;

Quién consagra su vida á los altares;  
Y quién la ciencia que aprendió, cultiva  
Sin alejarse de los patrios lares.

Y, de todos nosotros ¿quién, cautiva  
Ha logrado arrastrar á la fortuna?  
¿Quién su existencia de dolores priva?

Si es un astro la dicha, es cual la luna;  
Un momento no más entera luce  
Y á la sombra su luz sirve de cuna.

¡A cuántos desengaños nos conduce  
 Cuando ebrio de placer se halla el deseo!  
 ¡Cuánta ilusión costosa nos seduce!

¡Dichoso quien su loco devaneo  
 Alcanza á prolongar! Con sus dolores  
 Luchar eternamente á muchos veo.

Para ellos siempre espinas, nunca flores  
 Produce el mundo. ¿Van tras la hermosura?  
 En sierpes se convierten sus amores!

Con fatiga se acercan á una altura  
 Do su ambición pavonearse espera,  
 Y oyen crujir la escala mal segura.

Un tesoro su rica sementera  
 Les promete; y desátanse los ríos,  
 Y la cosecha al mar corre ligera.

¿Quién es estoico ante hados tan impíos?  
 Yo no me atrevo á contemplar sus males  
 Por temor de llorar también los míos.

A destinos más nobles é inmortales  
 Nos puede conducir una atroz pena,  
 A los héroes haciéndonos iguales.

Hijos del infortunio, la serena  
 Frente elevemos, como el risco osado  
 Cuando la tempestad se inflama y truena

No es el hombre feliz; el desgraciado  
 Es quien eclipsa, al fin, la turba necia  
 Que en las garras del mal sólo ha llorado.

¡Fortuna y gloria al hombre que se precia  
 De respeto infundir hasta á la muerte!  
 Dios, por invulnerable, la desprecia;  
 Y, por su dignidad, el varón fuerte.

## RAMON ISAAC ALCARAZ.<sup>1</sup>

### EL OTOÑO.

Tras las nocturnas lluvias  
 Risueña se levanta la mañana,  
 De mil espigas rubias  
 Coronando galana  
 Del Otoño la frente soberana.

Los huertos deliciosos  
 Doblan sus verdes ramas bajo el peso  
 De frutos abundosos,  
 Y al regalado beso  
 Del aura, mueven su follaje espeso.

Y las gotas brillantes  
 Trémulas penden de hojas y de flores,  
 Cual lípidos diamantes,  
 Del Sol á los fulgores  
 Reflejando del iris los colores.

Veloz se precipita  
 De la alta sierra el bramador torrente,  
 Como corcel que irrita  
 La espuela; é impaciente  
 Arrastra cuanto estorba su corriente.

Las verdinegras cañas  
 Del crecido maíz cubren los prados

<sup>1</sup> Correspondiente de la Real Academia Española. Falleció en México el 8 de Abril de 1886.